



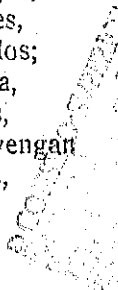
NUEVA RELACIÓN

DE LOS DESAFÍOS, HAZAÑAS Y VALENTÍAS DEL MÁS JAQUE
DE LOS HOMBRES

FRANCISQUILLO EL SASTRE

Salga el acero a brillar,
pues soy hijo del acero;
hijo soy de Pedro el Sastre,
y nieto soy de mi abuelo;
Francisquillo soy el Sastre,
el que a nadie tiene miedo,
el que hará que tiemble el mundo
con sus heroicos hechos.

Venid aquí, forradores,
de palos con los pellejos,
pantomimistas de lunes,
revolvedores de pueblos;
llegad los de la madera,
fanfarrones carpinteros,
aunque con vosotros vengan
esos prosas cedaceros,



tejedores, hiladores
juntaros con los barberos,
y salid con éste al campo
que tiene perdido el miedo;
labradores, hortelanos
y esforzados molineros,
hoy os desafía un sastre
que tiene la sangre hirviendo.
Vengan jueces y abogados,
escribanos marrulleros,
que a un plumazo que os dé
os dejaré sin aliento;
venga Bernardo el del Carpio,
ese guerrero soberbio,
con su espada y su rodela,
que no le teme este pecho;
venga el moro Brabonel,
ese jaquetón lancero,
que le quitaré el turbante
y le haré cristiano nuevo;
venga el mismo Fierabrás,
vengan Roldán y Oliveros,
y hasta Carlomagno venga
si perder quiere el pellejo;
vengan hoy todos los guapos,
lleguen aquí barateros;
venga el soberbio más grande
capitán de bandoleros;
vengan los Ponce de León,
los Guzmanes y Carreros,
vengan cuantos hijosdalgos
ponen los pies en el suelo;
venga aunque sea Luzbel
con todos sus compañeros,
que a estocadas les haré
que vuelvan a los infiernos;
y pues nadie venir quiere,
que todos me tienen miedo,
veréis hazañas de un sastre
que ahora contarlas quiero.
Apenas cumplí veinte años
salí un día de paseo,
como me hallaba en Madrid,

hasta el puente de Toledo;
llegué a un juego de cané
que había mucho dinero,
y pregunté quién cobraba
los ochavos, muy ligero.
Un granadero salió
de los de morro con pelo,
que por habano en su boca
podía llevar mi cuerpo;
le dije: «Ponte en defensa»;
y me respondió: «Trastuelo»;
saco al punto mis tijeras
y él el sable sacó luego;
pero le aprovechó poco,
que a los dos brincos primeros
el pescuezo le corté
como si fuera de sebo.
Sin pena ni sobresalto
fui siguiendo mi paseo,
y llegué a Carabanchel
a beber el vino fresco;
catorce guardias civiles,
incluso con su sargento,
llegaron a mí a prenderme,
y me dicen: «Date preso.»
Por cima brinqué de todos,
y ellos disparan a un tiempo,
mas ninguno me tocó,
que fué tener mal acierto.
Viendo tan buena ocasión,
tiro al punto de mi acero
y a todos los despaché,
este quiero, este no quiero.
Libre de aquella maraña
pillo pies para Toledo,
donde a nadie conocía
y me hallaba sin dinero;
en un café me metí
donde había muchos necios,
y a tratarme principiaron
como perro forastero.
Yo, con toda mi *prudencia*,
les dije: «Señores, quedos,

que soy Francisquillo el Sastre
el terror del Universo.»
Se miran unos a otros
apenas aquesto oyeron,
de risa están reventando
y yo de coraje lleno.
Saco al punto mis tijeras;
a cortar retal comienzo
de brazos, pechos y piernas
sin olvidar los pescuezos;
treinta y ocho dejé allí
arrastrados por el suelo,
y yo me puse en la calle
más fresco que el mes de enero.
Me fuí a una fonda, y allí
lo que pedí me sirvieron;
y con un abonaré
pagué todo por entero.
Marché para Andalucía,
y al pasar Despeñaperros
diez ladrones me asaltaron,
pero yo siempre sereno.
Les pregunté qué querían;
me respondieron : «Dinero»;
les dije: «No tengo un cuarto,
lo que yo tengo es acero,
y lo que desearía
el ser compañero vuestro,
para que sepáis quien soy
y la destreza que tengo.»
Me admitieron muy gustosos,
y a una venta no muy lejos
fuimos todos a comer,
y nos regaló el ventero;
allí pasamos la tarde,
y ya que el sol era puesto,
me dan una carabina
y cartuchos más de ciento.
Como una legua anduvimos
cruzando montes y cerros,
hasta que a un sitio llegamos
que parece contadero;
toda la noche anduvimos

guardando el mayor silencio,
por ver si alguno pasaba
para despojarlo luego.
Fué nuestra suerte contraria,
pues no vimos ni a un mochuelo
que son aves de rapiña
cual mis dignos compañeros.
Siendo ya de día claro
abandonamos el puesto,
y todos juntos marchamos
a un cortijo no muy lejos;
allí almorzamos en grande
sin costarnos el dinero,
y después fuimos al monte
a darle tributo al sueño;
los diez a dormir se echaron
bien calientes del cerebro,
y yo siempre con afán
de alimentar a mi acero.
Apenas los vi dormidos
bufando como unos puercos,
saco mis finas tijeras,
y principio a cortar cuellos.
A los diez dejé difuntos,
y a registrarlos comienzo,
y entre todos les hallé
cerca de ochocientos pesos.
Viéndome con esta suma,
sin detenerme un momento
para Málaga marché,
adonde llegué contento.
Paseándome una tarde
sólo por tomar el fresco,
conocí que se burlaban
de mí cuatro pintureros;
me arrimé a ellos y dije:
«Señores, soy forastero;
sastre soy en todas partes;
y así, tened miramiento.»
Apenas oyeron sastre,
«¡mira qué empeño! — dijeron —
entre tres hacen un hombre
y aun estira su pescuezo.»

Apenas aquesto oí
meto la mano a mi acero;
no hice más que ras, ras,
y dejé los cuatro muertos.
Como era el anochecer
y mis pies que son el viento,
en un pestañear, me puse
de la ciudad bien adentro.
Entré en una gran posada,
pedí cena y me sirvieron,
y en cama de tres colchones
pasé la noche en un sueño.
A otro día de mañana
entré en casa de un prendero;
y compré todo un vestido
a estilo de malagueño.
De Málaga pasé a Ceuta
a ver unos compañeros
que por sus buenos servicios
allí se hallaban de asiento;
estuve unas tres semanas
sin tener ningún tropiezo,
y por no matar cristianos
me pasé a los moros luego.
En Tánger, una noche, a diez
les agujeré el pellejo,
tanto que por cada herida
podía pasar un perro.
Desde Tánger pasé a Argel;
me estuve allí mes y medio
mandando todos los días
cuarenta y cinco al infierno.
Me marché a Constantinopla,
capital de siete Imperios,
donde está aquel gran señor
rey de sesenta y tres reinos;
aquí seis meses estuve,
en los cuales habré muerto

pasados de veinte mil;
no hablo más porque no quiero,
y nadie me contradiga
si conservar quiere el cuerpo,
que mis entrañas están
peor que un rabioso perro;
que en sacando mis tijeras,
que son dos armas a un tiempo,
pincho, corto y entresaco
las entretelas del pecho;
¡cuántos en la sepultura
están sólo por el miedo
de verlas ensangrentadas,
rebozadas de pellejos!
Esto os lo dice un sastre,
poquito pico y silencio,
que el que no lo quiera creer
se lo hará creer mi acero;
y así, por ahí me veréis
en el año venidero,
que entre los musulmanes
pienso parar poco tiempo;
y así, nadie de los sastres
se chulee, y ande con tiento,
que también los sastres son
de hueso, carne y pellejo;
y os digo a más a más,
que tienen en sus adentros
corazón, hígado y bazo
y su cuajo bien repleto.
Aquí dan fin mis proezas,
mis arrojos y mis hechos;
comer, beber y dormir
es lo que desea el cuerpo,
que al que se muere le entierran
como sucedió al tío Prieto,
que nadie se acuerda de él
ni yo tampoco me acuerdo.

FIN

